

España: un país tolerante polarizado por sus líderes políticos

Posted on 21 de junio de 2025 by Gabriela Bustelo

Con España anegada en información basura, los ojos exhaustos agradecen este ensayo serio y documentado del veterano periodista británico Michael Reid sobre el estado actual de nuestro país. En cuanto a la costumbre española de acoger con brazos abiertos a los «sabios» extranjeros que se instalan aquí a explicarnos lo mal que lo hemos hecho todo durante siglos, es manifiestamente mejorable[1]. Pero esta mirada ajena a los clichés habituales resulta útil en estos años de renovada polarización política y mediática. Publicado en 2023 con el título *Spain, Trials and Triumphs of a Modern Country*, llegó a nuestras librerías el año siguiente con un escueto título: *España.* Lo he leído y disfrutado en su versión original de Yale University Press, de modo que no puedo opinar sobre la calidad de la traducción de Albino Santos Mosquera para la editorial Espasa.

En este ensayo monográfico, Reid argumenta convincentemente que España, país que le apasiona e intriga desde que lo descubrió un verano en los años setenta, corre el riesgo de convertirse en un estado fallido si no logra conciliar las rivalidades que lo desgarran. Lo hace con un estilo claro, levemente irónico, pero con una voluntad democrática de hacerse entender por el mayor número de lectores, en la tradición anglosajona orwelliana del

lenguaje claro como el cristal de una ventana.

Nuestro periodista, nacido en Surrey, es un *expat* instalado desde 2016 en Madrid, cosa que revela su poética dedicatoria al parque del Retiro: «Superviviente de tempestades y remanso de solaz». Antes de entrar en faena analítica, describe la obra cumbre del Museo del Prado, las *Meninas* de Velázquez, como un juego de espejos que parece evocar a la propia España: «Esta obra nos pregunta a los espectadores si tan solo vemos lo que queremos ver. Y lo mismo ocurre con España». Reid percibe que el orgulloso carácter español lleva dos siglos marcado por la decadencia de su país respecto de una grandeza tan descomunal como irrecuperable. A veces exagerado, este *declinismo* ensombrece todavía la vida política del país. «En pocos lugares del mundo se vive mejor que en España. Pero si este país no logra encauzar una renovación política, peligra la estabilidad de todo lo logrado hasta ahora». Con esta advertencia, en tono de pocas bromas, comienza el libro propiamente dicho.

Dejando atrás la poesía, Reid entra en materia con lo que llama «la España desmadejada»: el principio del fin, el año en el que la España funcional se va tornando disfuncional, que sitúa en 2008, el ecuador del mandato del socialista José Luis Rodríguez Zapatero. Desde ese año y hasta ahora, España estaría sufriendo reveses y sacudidas a una velocidad frenética, sin que prácticamente ninguna de sus instituciones permanezca indemne. Con el nuevo siglo, tras la entrada en el euro y «conforme los españoles se iban enriqueciendo, volcaban sus ahorros en el sector inmobiliario», de modo que había «un 50% más viviendas que hogares». En aquellos momentos «el núcleo formado por los políticos locales, los promotores inmobiliarios y las cajas de ahorros representaba la mitad del sistema financiero del país» (p. 23). Reid revela que en septiembre de 2008 entrevistó a Zapatero y se quedó atónito al presenciar cómo el entonces presidente se negaba a aceptar el inminente desplome económico, asegurando tercamente que «el sistema financiero español no iba a sufrir ningún daño estructural».

En cuanto al estado autonómico, su creación habría sido «un astuto compromiso», una especie de «federalismo oculto bajo otro nombre» (p. 17). ¿Un Estados Unidos hispanohablante? De ninguna manera. El sistema electoral español es el de una democracia indirecta con listas cerradas, donde la ciudadanía no elige sus líderes ni toma decisiones políticas de primera mano, sino delegando. En todo caso, el clavo que obstruye este engranaje es Cataluña, que Reid considera el «dolor de cabeza más persistente» que padece España y merecedor de dos capítulos del libro. El autor sostiene que el independentismo catalán pertenece a la misma categoría que el Brexit británico y la Liga italiana de Matteo Salvini, considerándolo uno de los brotes revolucionarios nacional-populistas más potentes de la Europa occidental actual. A este respecto, menciona la frase rotunda de Angela Merkel: «El principio de unidad territorial no se debe tocar» (p. 48), apostillando que la protección

constitucional de esa cohesión nacional es el precepto básico de la Europa continental. Asegura que España ha sufrido otros dos impactos populistas recientes, en formato de partido político: Podemos desde la extrema izquierda y Vox desde la extrema derecha.

La eficacia informativa del libro deriva en buena parte de las experiencias directas que narra Reid: «Al hablar con los asistentes a las manifestaciones separatistas, lo que traslucía era un batiburrillo victimista de anécdotas históricas, alegatos identitarios y exigencias prácticas de dinero e infraestructuras». En estos casos de reporterismo, el subtexto irónico aporta un parámetro cosmopolita que no tienen los correspondientes relatos nacionales: «Resultaba estrafalario cubrir eventos catalanistas en el próspero y sofisticado entorno de Barcelona, teniendo que escuchar a funcionarios de la Generalitat comparar solemnemente Cataluña con el Kosovo devastado por la guerra o con la Lituania recién liberada del totalitarismo soviético. Había que hacer un esfuerzo para no reírse» (p. 61). Pero este escarnio no impide a Reid desacreditar con toda seriedad el sistema político español que permite los trapicheos de votos a cambios de favores, ni aludir con dureza al subsidio del idioma catalán en el sector editorial, educativo, mediático, con el adoctrinamiento correspondiente. Aporta un dato clarificador: en nuestro planeta coexisten 6.000 idiomas, pero sólo hay 200 naciones. En las cincuenta páginas que dedica al dolor de cabeza catalán, hubiera estado bien que dijera que el nacionalismo catalán, en todas sus vertientes, se ha financiado con fondos públicos durante cuarenta años. Cita con buen tino lo que escribió el periodista Manuel Chaves Nogales, reporteando desde Barcelona casi un siglo antes que él: «Tendría alguien que preocuparse de rellenar el tiempo con una tarea que tal vez no sea del todo superflua: la de gobernar, la de administrar, la de hacer por el pueblo algo más que ofrecerle ocasión y pretexto para estos deslumbrantes espectáculos».



Michael Reid en una imagen de 2019. Wikimedia

En un breve capítulo con el sugestivo título «Por qué España no es Francia», Reid compara la falta de homogeneidad política y cultural de España con la ausencia prácticamente total de ese problema el país galo. Señala que España es el segundo país más montañoso de Europa occidental después de Suiza (p. 92), cuyo tamaño es 12 veces menor, convendría añadir. Pero las intentonas españolas de construir una nación en el siglo XIX chocaron de frente con las arcas de un Estado casi arruinado e incapaz de financiar las redes de transporte necesarias para interconectar las regiones. A principios del siglo XX todavía eran inaccesibles por carretera la mitad de los nueve mil pueblos y pequeñas ciudades de España. En cuanto al asunto de las lenguas autonómicas, «en 1863 una cuarta parte de la población de Francia no hablaba francés» y lingüísticamente el país era «un mosaico lingüístico que incluía el bretón, el flamenco, el vasco, el gascón, el catalán y varias versiones del occitano» (p. 107). La unificación y modernización de Francia habría sucedido muy tarde, entre 1870 y la Primera Guerra Mundial, cuando hubo una voluntad política de integración «en el mundo moderno», mediante «la cultura oficial de las ciudades», encabezada por París. Un siglo largo después de la Revolución Francesa, el país galo completó la tarea, forjando el ideal de una nación

patriótica, única e indivisible. Un siglo después vendría la consagración de la unidad territorial, con la creación de una extensa red de transporte y, sobre todo, una reforma escolar que impuso la educación primaria obligatoria, gratuita, laica y en un solo idioma: el francés. En ese idioma se enseñaba a amar la patria, tanto en las *écoles* como en el servicio militar. Había nacido la «religión secular del republicanismo francés» (p. 109), vigente hasta nuestros días, como nos demuestran los discursos del actual presidente Emmanuel Macron, cuando recuerda a la juventud gala que «nuestra nación se hizo a sí misma, edificándose sobre el idioma francés». En fin. Basta imaginar lo que sucedería en España si un presidente se atreviera a decir en público algo remotamente parecido. El chovinismo francés es tan tenaz que en enero de este año el director francés Jacques Audiard ha definido el español —segundo idioma de Occidente y hablado por 600 millones de personas— como un «lenguaje de países modestos, usado por pobres y por emigrantes».

Pero regresemos a la España de Michael Reid. «Hablemos de Franco» es el título del capítulo sobre el personaje insoslayable en un libro sobre España. Leído ahora, parece aludir casi jocosamente a los fastos conmemorativos organizados en torno al dictador durante todo el año 2025. Pero el análisis de Reid es equilibrado, en el sentido de que establece claramente que la Guerra Civil no fue de ninguna manera un «conflicto épico y heroico entre el bien y el mal» y que ambos bandos cometieron atrocidades. Acierta de lleno, en mi opinión, al catalogar la Guerra Civil como «una guerra de clases que enfrentó a los terratenientes, los grandes empresarios y la clase media-alta contra los movimientos obreros y campesinos» (p.125). No olvidemos que en España buena parte de lo que sucede tiene una motivación económica disfrazada bajo espesas capas de barniz político. «La guerra no fue inevitable, cosa que mantienen quienes la definen como el prólogo de la guerra mundial». Reid cuenta la anécdota de que, en 1971, Franco le dijo al general estadounidense Vernon Walters que, una vez muerto él, España «irá lejos en el camino que desean ustedes, los ingleses y los franceses: democracia, pornografía, droga y qué sé yo. Habrá grandes locuras, pero ninguna de ellas será fatal para España». ¿Un dictador liberal vaticinando el futuro democrático de su país? Si de algo estaba orgulloso Franco, explica Reid, era de haber creado un escudo protector contra guerras civiles: la clase media. (p. 201) Lo que no pudo visionar Franco era que cincuenta años después la izquierda española le usaría a él como comodín electoral en todos los comicios. Ni que le fuera a dedicar un año conmemorativo. Recordemos la advertencia de Reid al comienzo del libro: En España nada es lo que parece.

En cuanto al terrorismo como enemigo interno subvencionado, «es una paradoja que una organización como ETA, que decía ser un grupo izquierdista radicalmente opuesto al régimen de Franco, acabe practicando lo más parecido al fascismo que el país ha visto en los últimos cuarenta años» (p. 151). No se anda con rodeos aquí nuestro inglés españófilo. Ni tampoco

unas páginas más adelante, cuando dice asombrarse ante el compadreo de los gobiernos socialistas con los terroristas vascos institucionalizados. «Esto contrastaba con el cordón sanitario que los partidos irlandeses le impusieron al Sinn Fein durante dos décadas, tras el Acuerdo del Viernes Santo que terminó con la etapa violenta del IRA».

El séptimo capítulo aborda el declive del «Sueño español», en el sentido de la mengua de la autoconfianza nacional surgida tras el éxito indiscutible de la Transición. Reid analiza el desmorone de esa clase media que Franco consideraba el antídoto contra todos los males que acechaban a España. Nuestro país destaca en Europa por un alto desempleo crónico, nos recuerda Reid, que afecta sobre todo a mujeres, jóvenes, hombres mayores de 50 años y personas con un bajo nivel educativo. «Cabría esperar que esto fuera un escándalo mucho mayor, teniendo gobiernos de izquierda en el poder desde 2018. Pero este desastre social es prácticamente invisible» (p. 175). El Estado del Bienestar se vuelca con los españoles de mayor edad, mientras que las generaciones más jóvenes reciben poca atención y afrontan un futuro incierto. Esta precariedad (no el nacionalismo ni la memoria histórica) la señala como el mayor problema de la España actual. Y a nadie parece preocuparle lo más mínimo, constata el autor con extrañeza. Como ya sabemos, el 90% del tejido empresarial nacional lo forman las pymes, que Reid dignifica con la sonora palabra alemana *Mittelstand*. En el mejor de los casos son empresas de tamaño mediano, la mayoría familiares; y en el peor, una plétora de micronegocios de baja productividad. Reid alaba de España la «infraestructura de comunicaciones de categoría global, con trenes de alta velocidad y una moderna estructura nacional de autopistas, puertos y aeropuertos», a lo que añade «la mayor red de fibra óptica de Europa en transmisión de datos de alta velocidad».

El «Vuelva usted mañana» —*Come Back Tomorrow*, traduce Reid aquí— que Larra describió hace más de 140 años se mantiene intacto. Uno de los números recientes de *The Economist* insta en una llamativa portada escarlata a una «Rebelión contra la burocracia»[2], pero desde la Transición este país ha multiplicado por diez su cifra anual de normativas oficiales. «España sufre inflación regulatoria desde hace largas décadas» (p. 184) y parecen multiplicarse *ad infinitum* los trámites de los gobiernos y parlamentos regionales, sin quedarse atrás las normativas municipales. Las licencias comerciales de una región con frecuencia son inútiles en las demás… Este muro burocrático estaría frenando no solo la expansión empresarial nacional, sino también la inversión extranjera. Todo esto contribuye a la desconfianza de la población española en la clase política, una de las más altas de Europa, según las encuestas. Comenta Reid algo que me dijo a mí un compatriota suyo, el también periodista William Chislett: la Justicia española es desesperantemente lenta. Esta rigidez afecta también al mercado laboral, «uno de los más restrictivos de Europa, con la segunda tasa de paro más alta de la UE y encabezando el paro juvenil» (p. 190). En cuanto a la titulitis

española, el autor cita al economista de origen holandés Marcel Jansen: «Apenas el 23% de la población española tiene estudios superiores no universitarios [formación profesional], en comparación con el promedio del 43% en el resto de la Unión Europea». La genética socialdemócrata le asoma cuando parece sugerir soluciones estatales o de mayor inversión pública para los graves problemas económicos que padece este país, buena parte de ellos resultantes de los excesos regulatorios y los afanes controladores, como él mismo resalta.

El antepenúltimo capítulo plantea la noción de España como un paraíso soleado de libertades comparables a las nórdicas. Pero desde el comienzo el propio Reid parece dudar en cuanto al feminismo y a la libertad religiosa, quizá menos asentados de lo que pudiera parecer superficialmente. Las contradicciones españolas no cesan, porque nuestro país tiene la tasa de natalidad más baja de Europa (con Malta) y una de las más bajas del planeta. ¿Las españolas no quieren tener hijos para mantener su libertad o porque no tienen dinero para formar una familia? Más bien parece lo segundo. Casi el 70% de los jóvenes con empleo viven en casa de sus padres y la edad media a la que se marchan por fin de la casa paterna supera los 30 años (p. 210). Este panorama arcaizante tiene poco que ver con Escandinavia, ya que los jóvenes noruegos y los suecos se marchan de casa a los 19 y los daneses a los 20. Dicho esto, Reid destaca la notable transformación cultural que ha experimentado España en apenas medio siglo: divorcio, aborto, matrimonio homosexual, eutanasia. Por su propia experiencia asegura que la ciudadanía es en general tolerante y que está menos polarizada que el estamento político.



Top manta en Madrid, 2005. Imagen de Jose Carlos Costizo

Reid sostiene que la inmigración despegó de hecho en este siglo, cuando un boom de la construcción española coincidió con crisis políticas y económicas en varios países latinoamericanos. En la primera ola también hubo una entrada de rumanos y norteafricanos, que comparten algunas similitudes religiosas, culturales y lingüísticas con España. Los tres grupos lograron integrarse con bastante facilidad. Pero esta relativa placidez cambiaría con la inmigración procedente del África subsahariana, cuyas diferencias culturales tenderán a provocar fricciones. España va muy retrasada respecto a Reino Unido en términos de que los inmigrantes de segunda generación tengan un protagonismo en la vida pública nacional. Basta comparar la selección nacional de fútbol española con la inglesa, notablemente multirracial, o los miembros del gobierno británico con los del ejecutivo monocolor español.

Pese a que algunos lectores se quejan en Internet del exceso de datos del ensayo de Reid, en mi opinión es esa información, bien traída y dosificada, lo que da a sus 315 páginas una enjundia tan incisiva como accesible. El premio a la tenacidad llega en los dos últimos capítulos, donde el autor se anda con pocos rodeos en cuanto a ese «juego de espejos»

descrito al inicio, que desmonta con pulcritud documental. Tras una existencia de casi medio siglo, la democracia española tiene tres problemas graves: los partidos políticos, la administración pública y el estamento judicial. Los «arquitectos de la Transición», conscientes de los graves defectos funcionales de la Segunda República, encumbraron la estabilidad política por encima de todo lo demás, incluyendo la transparencia y la rendición de cuentas. El resultado es un sistema que se sirve ante todo a sí mismo, apenas teniendo en cuenta los intereses de una ciudadanía que hace pocas reclamaciones, ya que no tiene conciencia de sus derechos y potestades. En España los omnipotentes partidos se encargan de todo, incluyendo las actividades que en otros países hacen las organizaciones civiles. Esto, por supuesto, provoca una superabundancia de políticos —y politicastros— que, en relación con la población, duplica la cifra de Francia e incluso la de Italia (p.233). España no solo es el único país de Europa con cuatro niveles de poder político (central, autonómico, provincial y municipal), sino que cada uno de esos estamentos hay «una corte de asesores y parásitos mayor que en otras democracias europeas, todos ellos con sueldos públicos».

La estupefacción del autor prosigue ante el hecho de que 20.000 empleos públicos sean *cargos de libre designación*, y así lo escribe, en español y en cursiva, añadiendo que la expresión ni siquiera tiene una traducción exacta al inglés, porque en Reino Unido apenas existe el fenómeno. «Son la versión moderna de los *pretendientes* del siglo XIX, ese enjambre de aspirantes que se arremolinaban en torno a cada nuevo gabinete de gobierno». El propio sistema favorece y propicia la corrupción, asegura, con una ley de contratación pública que se ha endurecido solo recientemente, en 2017, sin protección legal para los denunciantes de mala praxis. La clase política es «una cápsula autorreferencial» que apenas interactúa con la ciudadanía que les mantiene con sus impuestos: «El sistema electoral contribuye a esta desconexión. Las elecciones tienen un sistema de listas cerradas, de manera que los votantes eligen a un partido entero, en vez de a un candidato concreto».

Y no hay justificación posible, escribe, para que miles de políticos españoles disfruten del aforamiento, es decir, el derecho a ser juzgados solo por el Tribunal Supremo o los altos tribunales regionales. La casta política que gobierna España no es una pequeña élite, sino un elenco gigantesco de cientos de miles de políticos. ¿Existen contrapesos mediáticos frente a este poder masivo? «En los medios audiovisuales, salvo alguna honrosa excepción, unas tertulias interminables de opinadores machacones ocupan el lugar de los programas de análisis razonado de los hechos. Los comités parlamentarios son teatrales y predecibles y los ministros rara vez sienten la necesidad de dimitir cuando cometen errores» (p. 238). Aquí tenemos la cruda realidad española, narrada en un idioma periodístico altamente comprensible. Al fin y al cabo, ¿hay conducta más democrática que la voluntad de hacerse entender?

A modo de recapitulación, Reid acude a una frase del politólogo español Víctor Lapuente: «En España tenemos una sociedad del siglo XXI, pero una economía del siglo XX y un sector público del siglo XIX» (p. 240). Dicho esto, el rastreo de averías estructurales continúa inmarcesible, con frases cuya asepsia calificativa es precisamente por ello más enérgica. «La administración pública sobrelleva una estructura rígida basada en el procedimiento, en vez del resultado» y «los gobiernos regionales tienen demasiados apéndices cuyo objetivo es proporcionar todavía más empleos públicos». En este momento una imagina a España como un saco de boxeo golpeado por este periodista británico que conoce bien nuestro país. Y viene a la cabeza el rotundo elogio de Antonio Muñoz Molina: «El libro mejor y más completo que he leído sobre la España de hoy, y sobre las raíces históricas del presente».

Pero sigamos. Reid nos explica que el funcionariado se contrata mediante concursos públicos (conocidos popularmente como oposiciones), que «priorizan la memorización sobre la resolución de problemas». Y cuando apenas si nos estamos recuperando, viene un pescozón de humor británico: «Los burócratas españoles a menudo parecen esclavos indefensos de unos aparatos informáticos disfuncionales». La sonrisa es inevitable, pero las insuficiencias de este sistema abotargado quedaron dolorosamente expuestas con la pandemia: «Tras largas décadas de descentralización, el ministerio de Sanidad se reducía a un puñado de funcionarios de los tiempos del bolígrafo, entrados en años y sin experiencia en compras de material sanitario» (p. 241). Además, la ya deficiente transparencia administrativa se tornó opaca durante la gestión de la crisis del coronavirus. Y otro fallo sistémico durante la pandemia fue la ausencia de una evaluación de las políticas públicas, escribe Reid, cosa que ya venía siendo una crítica habitual en los informes de la Comisión Europea. Pese a la insistencia nacional e internacional, el gobierno socialista de Pedro Sánchez mantuvo oculta bajo un tupido velo su gestión de la pandemia, recibiendo duras críticas en la prensa internacional, incluso por parte de medios izquierdistas como *New York Times*, *Le Monde*, *The Guardian* y *The Atlantic*.

Con la crisis sanitaria como cortina de humo, la polarización se instaló en nuestro país casi subrepticiamente: «La fractura izquierda-derecha es más pronunciada en España que en muchos otros países». Cabría pensar que la llegada reciente del multipartidismo mitigara la crispación y promoviera la cooperación, pero ha sucedido todo lo contrario. «El votante medio español es de centroizquierda, más escorado a la izquierda que en otros países europeos. Esto se explica como reacción a la dictadura de Franco, aunque también denota una preferencia por el Estado de Bienestar» (p. 258). En la década transcurrida desde el 15-M, la supuesta regeneración política no habría sucedido más que de boquilla, mientras «los políticos españoles siguen atrapados en su burbuja, todavía en buena medida ajenos a los grandes cambios globales, que se ciernen en torno a España».

La mentalidad impulsiva del español tiende a resaltar lo que divide por encima de lo que une, reflexiona Michael Reid en las últimas páginas, tomando prestada una expresión de Freud para encapsularlo como «el narcisismo de las pequeñas diferencias». Este egocentrismo agresivo parecía caracterizar a los nacionalistas vascos y catalanes, pero ya se detecta a gran escala en la España actual. El país corre el riesgo de convertirse en un reino de taifas, advirtió a menudo Felipe González, refiriéndose al régimen fraccionado de caudillaje que surgió en la España musulmana tras el colapso del califato omeya en 1009. Esta proclividad a la atomización ignora lo mucho que los españoles tienen en común, de manera que el foco en lo local y lo regional se ha sedimentado —y financiado con dinero público, añado yo— durante cuatro décadas, a costa de los intereses nacionales e internacionales de España.

Gabriela Bustelo es periodista, escritora y traductora. Traducción durante 40 años de clásicos británicos y estadounidenses (Dickens, Eliot, Poe, Kipling, Wilde, Twain, etc.). Escribe en prensa española y latinoamericana desde 2007. Tiene tres novelas y dos ensayos publicados. Su último libro, *Covidiotas* (2021), es un reportaje sobre la mala gestión de la pandemia española.

1. La maldición del extranjero pontificador, *Actuall*, 2018. https://www.actuall.com/criterio/economia/la-maldicion-del-extranjero-pontificador ↩
2. The Revolt Against Regulation, *The Economist*, Febrero, 2025. ↩

Autor: Michael Reid

Edicion: New Haven and London, Yale University Press, 2023,

Paginas: 315 pág.

Portada: 35216

Titulo: Spain: The Trials and Triumphs of a Modern European Country